

Sin embargo de todo intenté aprovechar la sensacion favorable que advertí en los semblantes á la llegada del general Cos; pero éste me espuso que por forzar su marcha para llegar prontamente, la tropa que traia no habia comido ni dormido en 24 horas, y que mientras llegaban las cargas, que seria dentro de dos ó tres horas, podia repararse y estar en buena disposicion para batirse. Cedió á esta insinuacion consintiendo que descansara y comiera.

Para observar al enemigo y proteger las cargas citadas, situé mi escolta en buen lugar, reforzándola con 32 infantes montados en caballos de oficiales. No hacia una hora de esta operacion cuando el general Cos se me presentó pidiéndome á nombre del capitan D. Miguel Aguirre que mandaba la escolta, que se le permitiera comer á su tropa y dar agua y un pienso á los caballos por no haberlo hecho desde el dia anterior. El tono compasivo con que se me hacian estas peticiones me hizo acceder, advirtiéndole que satisfecha prontamente la necesidad, volvera al instante el capitan Aguirre á ocupar la posicion que tenia, lo que no habiendo verificado contribuyó á proporcionar al enemigo la sorpresa que logró.

Fatigado de haber pasado la mañana á caballo, y desvelado de la noche anterior, me recosté á la sombra de unos árboles, mientras la tropa alistaba sus ranchos. Hize llamar al general D. Manuel Fernandez Castrillon, que funcionaba de mayor general, y le previne que vigilara el campo y me diese parte del menor movimiento.

enemigo: le encargué asimismo me recordara tan luego como la tropa hubiese comido, porque era preciso obrar cuanto antes desicivamente.

Como el cansancio y las vigiliass producen sueño, yo dormia profundamente, cuando me despertó el fuego y el alboroto. Advertí luego que eramos atacados, y un inesplicable desorden. El enemigo habia sorprendido nuestros puestos avanzados: una partida arrollando á las tres compañías de preferencia que guardaban el bosque de nuestra derecha se habia apoderado de él, aumentando la confusion con sus certeros tiros: la demas infanteria enemiga atacaba por el frente con sus dos piezas, y la caballeria por la izquierda.

Aunque el mal estaba hecho, creí al pronto repararlo. Hice reforzar con el batallon permanente de Aldama la línea de batalla que formaba el batallon permanente de Matamoros, y organicé en instantes una columna de ataque á las órdenes del coronel D. Manuel Céspedes, compuesta del batallon permanente de Guerrero y piquetes de Toluca y Guadalajara, la que á la vez que la del teniente coronel Luelmo marchó de frente á contener el principal movimiento del enemigo; mas en vano fueron mis esfuerzos: la línea se abandonó por los dos batallones que la cubrian, no obstante el sostenido fuego de nuestra pieza, que mandaba el valiente teniente D. Ignacio Arenal, y las dos columnas se disolvieron, herido el coronel Céspedes y muerto el capitan Luelmo. El general Castrillon, que corria de uno á otro lado para restablecer el orden en nuestras filas, cayó

mortalmente herido. Los reclutas formaban pelotones y envolvían á los antiguos soldados, y ni unos ni otros hacían uso de sus armas; mientras el enemigo aprovechando la oportunidad continuó su carga rápidamente con descompasados gritos, logró en pocos minutos la victoria que ni imaginar podía.

Perdida toda esperanza, escapándose cada uno según podía, mi desesperación era tan grande como mi peligro, cuando un criado de mi ayudante de campo coronel D. Juan Bringas, con noble franqueza me presentó el caballo de su amo, y con encarecidas expresiones me instaba á que me salvara. Busqué mi escolta, y dos dragones de ella que encillaban con precipitación, me dijeron: que sus oficiales y compañeros iban de escape. Recordé que el general Filisola se encontraba á diez y seis leguas en el Paso de Tompson, y sin vacilar procuré tomar aquel camino por entre los enemigos: siguiéronme éstos, y á legua y media, en un grande arroyo cuyo puente encontré quemado, me alcanzaron. Perdí el caballo, y con trabajo, me oculté entre unos pequeños pinos. La proximidad de la noche me proporcionó burlar su vigilancia, y la esperanza de incorporarme al ejército, y vindicar el honor de las armas, me dió aliento para atravesar el arroyo con el agua al pecho y continuar á pié. En una casa abandonada encontré ropa y relevé la mía húmeda. A las once de la mañana del 22, al atravesar una llanura me volvieron á alcanzar mis perseguidores, y he aquí la manera misma de haber caído en sus

manos. Por el traje cambiado me desconocieron, y preguntaron: si había visto al general Santa-Anna yo les respondí que iba adelante: esta oportuna ocurrencia me salvó de ser asesinado según despues llegué á saber.

Como en seguida hace el general en jefe nuevas observaciones de los motivos que según él mismo, habían contribuido á la pérdida de la batalla, inculcando al general Filisola por que no le había mandado 500 hombres escogidos, nosotros nos vemos en la necesidad de advertir aquí que aunque la frase es exacta no lo es la idea porque el general Filisola le mandó los mejores cuerpos, y en el ejército no existían mas que reclutas y soldados improvisados; el si se le hubiesen entresacado los mejores soldados de todos los batallones, hubiera ocasionado mil desórdenes, pues tendrían estos que cambiar de jefe, pelear al lado de gente desconocida; y en fia hubiera formado una masa que al fin produciría peores resultados que los que hubo, desertándose tal vez la mayor parte de ellos, antes de batirse con los enemigos. El deber de significar aquí las mismas ideas del general Filisola; verdadero autor de estas memorias nos ha hecho necesaria la digresion que acabamos de hacer, volvamos á la relacion del Sr. Santa-Anna.

El general Gaona que no se incorporó con oportunidad, y cuyo motivo de dilacion ignoro hasta ahora, me impidió que sacara doble fuerza cuando salí del Paso de Tompson pues solo llevé 700 infantes para dejar al general Ramirez y Cesma, la precisa en aquel punto. Así

es, que para ponerme superior al enemigo, pedí el refuerzo indicado de los 500 hombres escojidos los cuales el general Cos, desmenbró dejando 100 cerca de Harrisburg, en escolta de cargas que no se por qué conducia pues solo previne al general Filisola mandase 50 cajones de cartuchos de cuyas municiones trajo parte el general Cos, así como las cajas de los cuerpos que debieron quedarse en Tompson, pues á una tropa que marchaba á la ligera y solo de refuerzo pedido con urgencia no se le debian asinar estorbos cuando se sabe que los muchos bagajes entorpecen los movimientos: el refuerzo quedó pues disminuido en la quinta parte, y estos 100 hombres corrieron un riesgo inminente, salvándose por casualidad.

Por último contribuyó considerablemente á la mencionada desgracia la conducta del general Castillon, y de los gefes y oficiales á quienes estaba encomendada la vigilancia del campo al frente del enemigo. Siento tener que ocuparme de un individuo que no existe, y á quien siempre ví con aprecio, y de otros que aun viven; pero el deber me obliga á relatar los hechos como han sido. Estoy bien informado, de que en el tiempo que yo dormía se ocupó dicho general de afeitarse, labarse y mudarse ropa, y que se hallaba divertido en tertulia con los demas individuos de mi estado mayor, cuando el enemigo acechaba, y sorprendia nuestras avanzadas, sin haber visitado antes ni una sola vez nuestra línea: esto mismo hicieron á su ejemplo los demas gefes y oficiales; y así parte de la tro-

pa dormia, y los despiertos entregados al abandono proporcionaron al enemigo la sorpresa mas completa que á la media noche no habria logrado: siéndole fácil posesionarse del bosque citado de nuestra derecha con 160 hombres, cuando estaba cubierta su entrada con tres compañías de preferencia en mayor número, que no hicieron resistencia: de aquí el aliento del enemigo para continuar el ataque, y la confusion de nuestro campo, y aumentada con el espanto de que estaban poseidos los reclutas, hasta el extremo de que impedian á los soldados viejos hacer uso de sus armas, y se dejaban asesinar friamente. Es verdad que el general Castillon se condujo con extraordinario valor en los últimos momentos, segun lo relacionado; pero sus esfuerzos fueron inútiles y sus remordimientos no serian pocos antes de espirar si recordó el abandono de su deber cuando mejor debia haberlo cumplido.

“Mi caracter de general en gefe no me prohibia que descansase, porque á ningun general le es prohibido, ni puede prohibirsele, que sucumba á las necesidades naturales, particularmente en la hora y caso en que yo lo hice, confiado, como debia estarlo, de que se cumplirian mis prevenciones: el general en gefe no puede ejercer las funciones de gefe subalterno, del oficial, del soldado, á todas las clases les están consignados sus respectivos deberes y atribuciones; y si al superior no deben servirle de disculpa las faltas del inferior, este tiene sus escepciones, siendo

ciertamente una de ellas el caso de que me ocupo, por las razones referidas.

“Acaso se ha intentado culparme de imprudencia por no haber marchado con todas mis fuerzas reunidas haciéndolo solamente con la corta seccion que lo verifiqué; pero en primer lugar es menester advertir para deshacer esa objecion: que yo salí de Tompson á ejecutar la operacion interesante de sorprender y asegurar á los directores de la revolucion por un golpe de mano á corta distancia: que tan luego como descubrí la retirada del enemigo por Linchburg, pedí refuerzo para quedar superior á él; y por último, que no traía ventaja alguna al ejército, el verificar su marcha por un sólo punto, ni reunido porque el único enemigo que habia que combatir despues de haber sido arrojado en todas partes, se hallaba en el punto y situacion indicada: y como la direccion que habia traído y llevaba, mostraba que se retiraba pasando el Trinidad, y era necesario para que no quedase quien pudiese tirar un tiro desde el rio Bravo hasta el Sabina no picarle la retaguardia, sino cortarle la retirada y batirlo; un movimiento de todo el ejército, habria sido contrario á ese plan importante que decidia la cuestion de un solo golpe, porque la lentitud con que precisamente debia hacerlo en razon á su tren, bagaje, &c., daba lugar á que el enemigo se nos adelantase sin que lo pudieramos alcanzar, por los obstáculos que ya se ha dicho opone el terreno de Tejas, y los rios caudalosos que lo aniegan.

“La fuerza que operaba á mis órdenes era su-

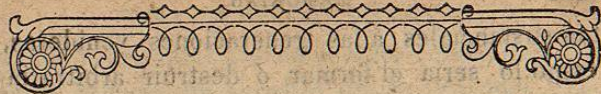
perior en calidad á la enemiga; estaba provista de víveres y municiones y en posecion ventajosa: aquella, menos en número, cortada por el Bayuco de Buffalo y rio San Jacinto, ocupaba inferior posicion; estaba sin víveres, habia sido provocada á batalla el dia anterior antes de recibirse el refuerzo, y no habia aceptado. ¿Quién con estos antecedentes habria hecho mover el ejército, perdiendo para ello momentos preciosísimos? ¿Quién dudado de la victoria? Apelo al juicio imparcial de los intelijentes, y estoy cierto de que lejos de fallar, como lo ha hecho la maledicencia y la envidia, que hubo por mi parte imprevision y precipitacion, dirán que se hicieron cálculos muy exactos con prevision, exactitud y tino; y que si no produjeron la victoria que era de esperarse, no dependió esto ni del plan ni de los movimientos ni de las acciones del general en gefe.

“Demostrado como está, que puramente faltas é imprevisiones de algunos de mis subordinados, y descuido de otros, causaron la catástrofe de San Jacinto, no me queda otra cosa que deplorar el haber participado de ella, aunque este sentimiento se mitiga cuando contemplo que hice los esfuerzos que estubieron en mi poder, excediendo mis deberes como general en gefe para servir bien, no encontrando en mi conducta otro exeso que el de mi celo por los intereses de la patria que me hizo olvidar los míos propios, y proponer todo para asegurar aquellos y dar gloria á las armas que se me confiaron.

La fortuna me volvió su espalda en la ocasion

en que iban á coronarse mis esfuerzos, y con esto no se han llegado á conocer, y me he privado de la satisfacción de presentarle á mi nacion un nuevo laurel."

La fortuna me volvió en España en la ocasión
 de las armas que se me confió.
 proponer todo para escribir aquellas y dar glo-
 rias que me hizo olvidar los míos propios, y
 exeso que el de mi esta por los intereses de la
 servir bien, no encerrando en mi conducta otro
 dicho mis deberes como general en todo para
 las estuervas que estubieron en mi poder, exo-
 timiento se mitiga cuando contemplo que hice
 rar el haber participado de ella, aunque esta sea
 San Jacinto, no en la cosa que deploro
 y heciendo un castro de
 é imprevisiones, mis subordinados
 "Demostrado como está que puramente faltas
 los movimientos ni de las acciones del general
 de esperarse, no he podido esto ni del plan ni de
 tiempo; y que si no produjeron la victoria que era
 calculos muy exactos con prevision, exactitud y
 prevision y precipitacion, daban que se hicieron
 gracia y la curidad, que hubo por mi parte im-
 que lejos de fallar, como lo ha hecho la mala fe-
 imparcial, de los incidentes, y estar cierto de
 (Quien dudado de la victoria, dando al mundo
 perdiendo para ello momentos preciosos, para
 los antecedentes habia hecho mover el ejército,
 retinero, y no habia aceptado, y aun con es-
 da á batalla, el día anterior antes de recibirse el
 posición; estaba sin víveres, y así como provoco



Historias que por fortuna no nos vemos síe-
 ses de carácter la verdad, que el de satisfacer
 su davora, manifestándose en esto menos el de
 femas ocasio, como al general Santa-Anna por
 se ha impuesto por su conducta en aquella so-
 de clase de teniente de Sr. Filisola, al que tanto
 mente la reputacion de nuestros generales á un
 para el honor ó desonor

CAPITULO XXXIV.

Toma el mando del ejército el general Filisola, por la prision del general Santa-Anna.—Situacion y número de las tropas á este tiempo.—Junta de generales para tratar de continuar las operaciones ó retirarse.—Decídese lo segundo por las razones que se espresan.—Comienza la retirada.—Sucesos ocurridos en ella.—Tratados del general Santa-Anna con el general enemigo.—Indulto de los prisioneros.—Demostraciones de sentimiento por la prision del general en jefe y otras disposiciones del gobierno de México, hasta la del relevo del general Filisola, quedando en él mando el general Urrea.

La retirada de nuestro ejército despues de la desgraciada accion de San Jacinto está tambien como este suceso tan fuera de nuestra competencia para juzgarla cuantos son los comentarios que se han hecho sobre ella y los escritos en que se ha tratado sin tener quizá los autores de unos y otros los datos que vamos á presentar, ni la exactitud, imparcialidad y conocimientos que se requieren para transmitir sus decisiones á la historia, sin riesgo de inducir en errores